Carmen Mc Evoy | Gustavo Montoya

PATRIAS ANDINAS, PATRIAS CITADINAS

Episodios de una república naciente

CRÍTICA

PATRIAS ANDINAS, PATRIAS CITADINAS

Carmen Mc Evoy | Gustavo Montoya

PATRIAS ANDINAS, PATRIAS CITADINAS

Episodios de una república naciente

Colección Carmen Mc Evoy

CRÍTICA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

*La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

PATRIAS ANDINAS, PATRIAS CITADINAS
© 2022, Carmen Mc Evoy y Gustavo Montoya

Edición: Maricarmen Arata
Corrección de estilo: Sue Ellen Gora
Ilustraciones de portada: Giovanni Tazza Guevara
Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú
Diseño de interiores: Susana Tejada López

Derechos reservados
© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.
Bajo su sello editorial Crítica
Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar
Lima, Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: octubre 2022
Tiraje: 2000 ejemplares
ISBN: 978-612-5037-14-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2022-07909

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora N.º 156, Breña

Lima – Perú, octubre 2022

Introducción 11

1 • Salvo el «cambiamiento», todo es ilusión 27

2 • La independencia peruana: tiempos, anhelos, azares y múltiples escenarios 77

3 • Guerra y política: entre Lima y los Andes, 1821-1823 117

4 • La república: creación, experiencia, inspiración y simulacro 157

5 • Peruanizar la independencia: guerra civil y anarquía en los Andes 195

6 • Revolucionando vidas peruanas: el difícil camino hacia la libertad 243

Cronología 283

Bibliografía anotada 311

Este libro está dedicado a
Alberto Tauro del Pino, Armando Nieto Vélez, S. J.,
Augusto Tamayo Vargas, Aurelio Miró Quesada Sosa,
Ella Dunbar Temple, Estuardo Núñez, Felipe de la Barra Ugarte,
Félix Denegri Luna, Guillermo Durand Flórez,
Guillermo Lohmann Villena, Gustavo Pons Muzzo,
José Agustín de la Puente Candamo, José Fernández Pinillos,
Juan Abad Bermúdez, Julio J. Elías, Luis Vignes Rodríguez,
Manuel A. Remond Cárdenas, Tomás Catanzaro.
Estos insignes peruanos, con su trabajo y compromiso,
nos legaron la Colección documental
de la independencia del Perú (CDIP)*, fuente invalorable*
que sostiene este libro.

Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo
de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.

Jorge Luis Borges

No es este tu país
porque conozcas sus linderos,
ni por el idioma común,
ni por los nombres de los muertos.
Este es tu país,
porque si tuvieras que hacerlo,
lo elegirías de nuevo
para construir aquí
todos tus sueños.

Marco Martos

Introducción

El tiempo es como un río,
formado por los hechos,
que adquiere violenta corriente.
Apenas se advierte uno,
cuando otro ocupa su lugar,
para dejar enseguida paso al que le sigue.

Marco Aurelio

El tiempo que confunde tantas cosas,
posee también la virtud de ordenar otras.
De devolverlas al lugar que merecen.

Cristina Flores Cubas

Este libro tiene una historia propia que, al paso de los dos años que tomó escribirlo, ha resultado aleccionadora. Se fue gestando en medio de la coyuntura más extrema de la pandemia de COVID-19 y sus secuelas de incertidumbre, muerte y desolación; mientras uno de los autores se hallaba en Sewanee, enfrentando una prueba difícil e inesperada, y el otro, en Tarma, concluía una investigación sobre la guerra en la sierra central. El azar, que sobrevoló «los episodios de la república naciente» que venimos a relatar —y acaso, ciertas indescifrables determinaciones del destino—, hizo que retomáramos el diálogo luego de casi dos décadas de interrumpido. El reencuentro se produjo en el marco de un congreso internacional sobre la expedición libertadora, celebrado en la primavera de 2019, en la histórica casona de San Marcos, en Lima, en ese icónico local que recuerda las discusiones carolinas que derivaron en las bases ideológicas de la república peruana. Y, en medio del intercambio de ideas con colegas de diversas regiones y países, reiniciamos la conversación, además de compartir temáticas sobre la guerra separatista y su extrema contingencia.

Decidimos, entonces, ensayar un acercamiento heterodoxo al tiempo de la independencia, puesto que ambos proveníamos de orientaciones historiográficas y enfoques ciertamente disímiles. Sin embargo, considerábamos que existían zonas aún inexploradas de aquel tiempo fundacional sobre el que, paradójicamente, se ha escrito tanto y con muy alta calidad. No deja de causarnos asombro —y ahora una gran satisfacción— ver cómo, a pesar de la distancia y las tribulaciones, diseñamos el primer esquema del presente libro. Durante el confinamiento pandémico —situación que desnudó las carencias del Estado, evidenciando las penurias

de millones de peruanos y peruanas en condición vulnerable—, imaginamos la aceleración y la simultaneidad del «tiempo independentista», marcado por grandes luces e inevitables sombras. ¿Era posible, nos preguntamos, reconstruir el ADN político pero también social de la república peruana, y, a partir de ello, explicar el patrimonialismo prebendario que continúa socavando nuestras instituciones? ¿De dónde surgen esas enormes brechas culturales —entre ellas, el racismo— que truncan el encuentro entre peruanos, a pesar de compartir un pasado común en el que se luchó, con coraje y esperanza, por una libertad entendida de múltiples maneras? ¿Qué ocurrió en el camino para que vivamos un presente tan incierto y desventurado, mientras desafíos inmensos aparecen en el horizonte nacional y mundial?

Cuán estimulante puede ser el diálogo sobre la azarosa y dramática historia republicana, cuando se practica libre de prejuicios y ataduras conceptuales, y con un objetivo claro: explorar la intensidad del tiempo histórico, eminentemente revolucionario, de los años formativos, cuando todo lo que era medianamente sólido se desvaneció en el aire. Ambos habíamos publicado, casi dos décadas atrás, estudios referidos al período del Protectorado, desde perspectivas teóricas y metodológicas diferentes, y, en cierto punto, divergentes. Lo que nos unió en esta tarea compleja que nos propusimos fue una compartida curiosidad intelectual sobre el período de la independencia, siempre querido y nunca totalmente abandonado por ambos. La cercanía del Bicentenario de la Jura de la Independencia en Lima (1821) y de la instalación de la primera Asamblea Constituyente (1822) nos obligó a concebir nuevas perspectivas e hipótesis, y a revisitar viejos ensayos y artículos que fuimos escribiendo a lo largo de casi tres décadas, esta vez con una mirada de conjunto. Este libro es, en consecuencia, el resultado de acumulaciones individuales que, al integrarse, creemos que se fortalecen y complementan. Un concepto clave que nos permitió retomar la conversación fue el de «independencia

controlada». Uno de nosotros lo planteó tempranamente en 1997, a propósito de un estudio en el que se analizaba el proceso político y social que derivó en la caída de Bernardo Monteagudo, factótum del régimen protectoral, en lo que se llamó el «motín de las palabras». La contraparte aplicó ese mismo concepto para trazar la guerra en los Andes centrales y hacer visible el doble propósito de las expediciones libertadoras, esto es, ser simultáneamente tropas de ocupación y ejércitos de liberación.

Un tiempo histórico intenso, como es el nuestro, suele jugarles interesantes pasadas a los historiadores, quienes, en teoría, racionalizamos las luces y sombras, pero también las cumbres y abismos por los que transitamos los seres humanos en busca de un futuro que ahora parece inasible. Conforme hacíamos la compulsa de las fuentes documentales y el —a veces frenético— intercambio de comunicaciones sobre determinados hallazgos, reparamos en que estábamos reflexionando sobre la guerra que dio nacimiento al Estado republicano, en medio de otro enfrentamiento político y cultural que, hasta el momento de la escritura de este prólogo, no tiene visos de solución. Más aún, cuando decidimos trazar dos grandes escenarios de análisis para nuestro libro —de un lado, los Andes centrales, para intentar captar el nervio de la guerra, y, del otro, Lima, la capital del otrora poderoso virreinato peruano—, la propuesta fue mostrar la simultaneidad de los eventos históricos y los vasos comunicantes entre lo que, hasta la fecha, es una república fracturada y carcomida por la corrupción, la injusticia y la traición.

Hace dos siglos, la capital de la república fue conmocionada por los horrores de una guerra de dimensiones continentales, con la presencia de militares rioplatenses, chilenos, grancolombianos y europeos. Envuelta en las brumas ideológicas y el caos social y político, Lima aparece como una ciudad espectral, cuya cultura política conspiracional aún nos sigue marcando. Es una notable coincidencia que, durante los años del proceso separatista entre

realistas y entre republicanos —que dejó su huella de golpismo y deslealtad, pero también de heroísmo y creatividad intelectual—, se produjera igualmente una epidemia que afectó a buena parte de la población peruana. Por otro lado, los Andes centrales, que en este libro visitamos para develar su fascinante dinámica política, exhiben un cuadro de acelerado aprendizaje político, ideológico y militar, por la confluencia en tales territorios de milicias armadas de todos los colores y tendencias. Había que restituirle a la guerra esa dimensión disolvente y reestructuradora de identidades que ejerce entre todos los actores históricos. Ingresar a la complejidad del conflicto político exigía estar atento a la suma de determinaciones militares que se sucedían a lo largo y ancho del territorio peruano. Para lidiar con ese «tiempo acelerado» que —en palabras de Marco Aurelio— asemeja a un río formado por los hechos, «que adquiere violenta corriente» y que trastorna radicalmente a los actores, es necesario que ese mismo tiempo ordene las cosas y las devuelva «al lugar que merecen». Y de eso se trata este libro: de hallar un centro metodológico, una suerte de observatorio desde el cual sea posible contemplar con esperanza, pero también con angustia y ansiedad, la caída de un orden y el tumultuoso ascenso de otro, que emerge caótico y —por qué no decirlo— violento y brutal.

Somos conscientes de que ningún historiador puede ufanarse de prescindir de los prejuicios de su época, o incluso de olvidar el lugar desde donde habla. Trabajar en equipo y disentir un sinnúmero de veces nos ayudó muchísimo porque aprendimos el uno del otro. Y, en tal sentido, abrazamos las falencias y anomalías de toda índole que fuimos detectando en un pasado que a veces suele regresar para exhibir su disfuncionalidad, por suerte, iluminada por cierta cuota de grandeza y generosidad. Mientras asumíamos los desafíos de la tarea historiográfica, el presente nos interpelaba una y otra vez. Las noticias sobre los efectos devastadores de la pandemia en el Perú eran desoladoras debido a la incapacidad

de un Estado que no dio la talla, pues sigue atrapado en un viejo diseño enraizado en su convulsa e irresuelta historia política y social. Lo cierto es que la corrupción pública y privada muestra la hechura de una república agrietada —y acaso extraviada— en el laberinto de ambiciones desbocadas, de esa anarquía de intereses de la cual nos advirtieron aquellos que la concibieron entre libros, olor a pólvora y desplantes militares. Por otro lado, fue conmovedor detectar que, al lado de las lacras de la traición y la perfidia que aún persisten, en la gestación de la república asoman vidas ejemplares, tanto entre las élites como en los sectores medios y populares. En la capital y en las grandes ciudades, así como en pueblos y aldeas del interior, hombres y mujeres apostaron, así como hoy, por un ideal afirmativo en el que lo que realmente estaba en juego era la libertad, el trabajo, la justicia y la búsqueda del bien común. Sin embargo, la cadena de acontecimientos analizados en este libro promovió el fulgurante ascenso, así como el declive, de personajes cuya titularidad en el poder fue precaria. Lo cual permite entender las debilidades institucionales sobre las que se estableció el régimen representativo, primero en Lima y, luego, a lo largo y ancho del Perú. En el teatro de la guerra peleada en la sierra, que fue civil y, por ello, sumamente cruenta, emergió una cultura política confrontacional y violenta que reprodujo, en sus propios términos, las disputas por el poder ocurridas en la capital de la futura república. Los comandos guerrilleros, que actuaron a la sombra de los libertadores, realizaron su propio aprendizaje, con plena autonomía, y este tuvo, como todo el proceso en general, elevadas cumbres y profundos abismos.

No es que nada haya cambiado en estos dos siglos. Lo fascinante es comprobar cómo la tendencia establecida mantiene sus rasgos, aunque con nuevos actores. Cabe recordar que durante el proceso de instalación de la república se sucedió una serie de regímenes efímeros, con coreografías y escenografías que, todavía hoy, no dejan de sorprender. Entre los eventos formativos de

los que da cuenta nuestro libro destacan el Protectorado, la Junta Gubernativa, el gobierno de Riva Agüero y la dictadura de Bolívar. Hemos tratado de esbozar brevemente la particularidad de cada uno de estos tiempos, sus rupturas y continuidades, profundizando en el «cambiamiento» (golpismo) como elemento desestabilizador, aunque gestor, asimismo, de una intensa —y a veces desesperada— movilidad social. Ciertamente, lo que al final se impuso fue una suerte de tiempo —político y militar— suspendido, sin que por ello dejase de fluir la guerra intermitente, con su devastación, sus mutaciones y múltiples aporías.

Este libro fue escrito mientras contemplábamos absortos la sucesión de hasta cuatro gobiernos en menos de un lustro, y el azar, junto con la contingencia, llevando a cabo su labor erosionadora, a doscientos años de la fundación de la república. Una de las lecciones de este estudio, que resultó para los dos sumamente enriquecedor, fue que, mientras avanzábamos en la reunión de materiales y en la redacción de sus capítulos, cada cual elaboraba por su lado textos independientes y participaba en discusiones virtuales que se sucedían con una intensidad a veces agobiante. La información que levantamos y que compartimos fluidamente dio lugar a un diálogo fructífero, porque, aunque no es posible negar que afloraban puntos de vista diferentes, fue posible entender la mirada del otro, y, por ello, plantear la narrativa desde la simultaneidad y la diversidad que nos definen. En efecto, el confinamiento obligatorio no solo estimuló el diálogo intelectual, sino que también nos recordó la diversidad de nuestra procedencia. Biografía e historia son, en el Perú, experiencias que pueden resultar traumáticas, pero también terapéuticas y reconciliadoras. Dos historiadores: una proveniente del litoral peruano, de un distrito chalaco cosmopolita —en el que la inmigración europea fue un factor importante—, y el otro, de los Andes surcentrales —cuyos territorios fueron estremecidos por el Taki Onqoy y son muy cercanos a Vilcabamba, el último gran bastión inca—,

representamos —qué duda cabe— a un país escindido. Entonces, orgullosos de nuestras respectivas tradiciones familiares, decidimos ensayar un diálogo respetuoso y horizontal, en medio de una coyuntura electoral que, desafortunadamente, hizo aflorar esos hondos y terribles desencuentros entre la ciudad y el campo, entre lo andino y lo citadino, que este libro pretende abordar a partir de sus orígenes. Porque, finalmente, ambos espacios, como otros no tocados en el texto —tales como la Amazonía—, conforman la vital y compleja República del Perú. Por todo ello, este libro es también el resultado de la introspección de dos investigadores que asumen conscientemente el haber nacido en un país enfrentado, en una nación inconclusa, donde la contingencia hace de las suyas, de la mano con la injusticia, el desprecio por el otro y la indiferencia hacia lo público. Aunque ello no pueda, afortunadamente, destruir la energía, la creatividad y el amor por la vida que siempre apuntan a seguir roturando un camino lleno de inmensas posibilidades.

Respecto de la metodología, nos propusimos una división del trabajo lo suficientemente elástica como para que la escritura fluyera, y de ello derivó el intercambio de capítulos con comentarios e ideas anotadas en los márgenes. La exposición histórica de los acontecimientos analizados por ambos debía, por lo tanto, nutrirse y enriquecerse de una conversación e intercambio permanentes. Considerábamos que nuestra obligación era sintetizar una multiplicidad de voces, con el fin de que el relato adquiriera un tono inclusivo capaz de llegar a una audiencia masiva. En ese contexto, el desafío fue construir un núcleo central donde convergieran múltiples personajes dotados de su propia voz y opinión. En breve, una suerte de réplica microscópica de lo que fue la guerra, nutrida de múltiples sucesos —a veces imprevisibles— que sacudieron simultáneamente la capital y las regiones andinas, caracterizadas por una heterogeneidad que el relato se propuso revivir. En esa línea de pensamiento, Lima es presentada como

un laboratorio complejísimo y denso donde se urdieron conspiraciones, celadas y se dieron esos cambiamientos que analizamos en detalle en el primer capítulo —y que, pensamos, es uno de los aportes de nuestro trabajo—. Es decir, se presenta la ciudad y sus habitantes como sujeto político, cuyas redes de comunicación atrapan y envuelven las voluntades colectivas e individuales más fieras o indomables. Lima imponía su «guerra virtual», y así aconteció, primero, con José de San Martín y, luego, con Simón Bolívar; y, en el camino, varias cabezas rodaron. En efecto, si bien los libertadores fueron recibidos entre aplausos y vivas, fueron también rápidamente eliminados en un juego político que lentamente se nacionalizó, dejando un legado profundo, similar al de la irresuelta conflictividad en las regiones. Estos patrones impuestos a sangre y fuego, pero de rumor en rumor y de conspiración en conspiración, emergerán una y otra vez a lo largo de nuestra tumultuosa historia republicana.

En los Andes surcentrales ocurrieron fenómenos igualmente intensos, aunque de diferente naturaleza y origen. Se trataba de un territorio totalmente militarizado donde confluyeron, de un lado, ejércitos republicanos —ya profesionales— de todo el continente, y, de otro, las orgullosas armas realistas. Y, lo más destacable, objeto justamente de nuestra investigación: las milicias locales, que se multiplicaban vertiginosamente, al igual que sus agendas tanto individuales como colectivas. Si bien las grandes ciudades fueron tomadas y controladas por el ejército de línea realista, ningún pueblo o localidad dejó de instituir sus propios brazos armados. De esa manera, se nos abrió un extenso y magnífico campo de investigación. El desafío consistió en descifrar el lenguaje político —y cierta versatilidad ideológica— que emergió a través de una multiplicidad de discursos, muchos de ellos casi ininteligibles por lo fragmentado de su procedencia. En efecto, los actores rurales realizaban su propio aprendizaje de una jerga republicana ya echada a andar, encontrando nuevas interpretaciones

según sus intereses. Y es que los llamados «patrianos» ingresaban y se retraían de la guerra, se aliaban alternativamente con patriotas o realistas, y, de acuerdo con la coyuntura bélica, al ritmo de objetivos, que irían mutando a lo largo de la contienda.

Esperamos haber captado ese juego de intercambios recíprocos entre el centro y la periferia, ya que no eran mundos aislados, sino interconectados en un frenesí político y militar agotador para los actores históricos, a veces esperanzados y, otras, envueltos en la desmoralización y en la sensación de abandono más absoluto. Los ecos de lo que iba aconteciendo, en uno y otro escenario, fueron marcando la pauta del conflicto y su posterior evaluación. Había que sistematizar, justamente, tal dinámica. En consecuencia, optamos por establecer como ejes metodológicos narrativos, de un lado, a Lima, como el centro de la denominada «república imaginaria», y, de otro, los Andes, como escenario por excelencia de la política de la adaptación pero también de la guerra sin cuartel. Tratar de reproducir la asombrosa sucesión de acontecimientos y hallar las secuencias que marcaron el curso de la lucha por la libertad fue una labor fascinante y, obviamente, inacabada. Desde el comienzo de la investigación, estuvo presente nuestra certeza sobre las diferencias entre lo acontecido durante la guerra —la que era objeto de nuestra atención y análisis— y el recuerdo o recuperación que diferentes narrativas historiográficas construyeron a lo largo del tiempo. El objetivo principal no fue ensayar un balance historiográfico, sino conversar con fuentes primarias, entre ellas la extraordinaria *Colección documental*, editada en conmemoración del sesquicentenario de la independencia por un puñado de peruanos a quienes dedicamos este libro. Al ingresar al estudio de lo acontecido en los territorios andinos, se nos abrió, tal como les ocurrió a nuestros predecesores, un asombroso tapiz conformado por pueblos y localidades que vivieron la guerra desde sus propias consideraciones. En ese contexto, era necesario retratar a los actores históricos, recuperar sus voces y explicar

la naturaleza de sus acciones en lugares de compleja geografía y múltiples pisos ecológicos. En suma, trazar, tanto en la patria andina como en la citadina, el rostro humano de la guerra. Propietarios y no propietarios, indígenas, mestizos, españoles, criollos y esclavos; hombres y mujeres de diversa procedencia social y étnica, con acentos culturales diferentes; alcaldes y gobernadores, patriotas y realistas, sacerdotes y comerciantes, arrieros y pastores. En medio de este conglomerado humano destacan las columnas de milicias locales que consumaron una complejísima variedad de acciones políticas y militares, sin dejar de considerar el efecto disgregador que tuvo sobre estos actores la presencia de ejércitos profesionales. En un gran espectáculo, del que no se sustrajeron actores internacionales, «el nudo del imperio» —como lo denominó Bolívar— congregó a peruanos, pero también a rioplatenses, chilenos, colombianos, españoles y otros europeos. Ante una eclosión de fuerzas con agendas e intereses diversos, el azar y la incertidumbre cruzaron la historia independentista, puesto que, para muchos peruanos y peruanas que se jugaron por la patria naciente, nada estaba completamente definido. Ciertamente, la gesta de la libertad consistió en maniobrar —e incluso, evadir la contingencia— y trasponer la guerra, que fue de liberación, en el mejor sentido de la palabra.

Sin bien determinados sectores sociales en los Andes mantuvieron su fidelidad en favor de la independencia y la república, las filiaciones ideológicas, inclusive las lealtades, no fueron progresivas ni, mucho menos, duraderas. Los actores serían protagonistas de las mutaciones y giros doctrinales que la contingencia les impuso, pero fueron también permeables al laboratorio conceptual que iba aflorando y que se gestaría en este complicado y dramático proceso. Cualquier investigación histórica debe enfrentar determinados dilemas éticos y hasta morales, mientras se escudriñan las fuentes documentales que sostienen una narrativa que nunca es objetiva porque obedece a los intereses de cada investigador.

Alejándonos de cualquier veleidad historicista, nos resultó aleccionador verificar que la actual coyuntura política, de degradación generalizada, no es nueva en la tradición republicana. Tomar por asalto las instituciones, especialmente las estatales, con fines patrimoniales y clientelistas, sigue siendo una práctica que llama a la reflexión y a la acción. Porque la gran pregunta que cabe formular en esta hora aciaga —tal vez la más difícil de estos doscientos años de vida republicana— es si el conocimiento del pasado puede ayudar a detener la implosión del Estado, si la identificación de nuestro ADN político —que implica la exclusión, y la falta de respeto por el otro y sus ideas— puede ayudar a redefinir una presidencia que hoy se encuentra en caída libre. Fue por la actualidad de los temas que se discuten en este libro, entre ellos el de la gobernabilidad y legitimidad, y por la urgencia de claves para procesar el momento presente, que decidimos que el texto estuviera dirigido a un público general; por ello, optamos por una bibliografía anotada dispuesta al final, para evitar las notas al pie de página que distraen al lector del frenesí de la historia que se narra.

Respecto de las fuentes documentales utilizadas —que, a pesar de los errores ortográficos, citamos textualmente—, queremos dejar constancia de nuestro reconocimiento y agradecimiento a la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia y la *Colección documental* que logró publicar en casi cien volúmenes de invalorable material bibliográfico. Esta constituye, sin duda alguna, un hito historiográfico sin precedentes por el trabajo y la dedicación puestos en la recopilación de textos clave para la concepción y desarrollo de nuestra propuesta. Resulta una gran lección que la comisión reunida para realizar tremendo desafío fuera capaz de congregar a historiadores de diversas procedencias y sensibilidades historiográficas e ideológicas. Las comisiones que se instalaron, las materias que fueron objeto de consideraciones metodológicas, los criterios para movilizar recursos humanos y materiales, así como las discrepancias en torno a la estructura

general del proyecto aún aguardan una necesaria interpretación, así como los ataques —a nuestro entender injustos— que recibieron los académicos encargados de tan loable misión. Este libro se nutre profusamente de la documentación ahí contenida, que cubre una asombrosa variedad de temáticas y fenómenos del período que va desde la revolución de Túpac Amaru II, en 1780, hasta la salida de Simón Bolívar, en 1827. Una etapa complejísima, debido a la superposición de acontecimientos en espacios geográficos diversos. Por mencionar un ejemplo, están los seis volúmenes titulados *La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras*, compilados y editados por la historiadora y jurista sanmarquina Ella Dunbar Temple. La labor de esta mujer brillante y amante del Perú nos permitió contemplar el drama de la épica republicana plebeya, que muchas narrativas históricas pasaron por alto, y que en este volumen analizamos de la mano del estudio de la Lima carolina, del chachapoyano Toribio Rodríguez de Mendoza, quien, junto con sus discípulos, generó uno de los ciclos doctrinarios más notables de la región. Los poderosos conceptos de justicia, libertad, igualdad, felicidad, ciudadanía y mérito nutrieron los combates republicanos del siglo XIX. La resignificación del vocabulario gestado en la lucha por la libertad puede ayudarnos, como ocurrió con los carolinos y esos entrañables «volantusos» que lo replicaron, para imaginar un mundo mejor.

Cuando presentamos oficialmente *Patrias andinas, patrias citadinas. Episodios de una república naciente* a editorial Planeta, María Fernanda Castillo lo acogió con el cariño y respeto por los autores que la caracterizan. A lo largo de los intensos meses dedicados a ensamblar los capítulos —o episodios, como decidimos llamarlos, debido a que la independencia pertenece a una historia fragmentada y abierta a múltiples interpretaciones—contamos con el apoyo invalorable de Maricarmen Arata. Maricarmen nos contagió su buena energía en tiempos de prueba, además de la extraordinaria habilidad editorial y ojo perspicaz que la caracterizan.

De igual manera ocurrió con Alessandra Miyagi, con quien revisamos el manuscrito varias veces, con la finalidad de que el público lector recibiera una historia ágil, pero a la vez cargada de contenido. Y, en ese proceso de creación, que desde un inicio se planteó como colectivo, no pudo faltar Giovanni Tazza Guevara, quien concibió la bella carátula que hace referencia a la polifonía que este momento fundante representa como ningún otro en nuestra convulsa historia. Finalmente, agradecemos a nuestras familias y amigos, quienes nos brindaron su cariño y apoyo en tiempos aciagos, en los cuales la humanidad transita —y nosotros con ella— por un camino incierto que aún no se sabe cuándo y en qué condiciones concluirá. Este libro —como otros que hemos escrito— nos ha enseñado que son las memorias compartidas, así como el afecto y la solidaridad, lo que crea la fortaleza para seguir aspirando a la libertad, que para cientos de compatriotas retratados en este texto fue motivo de alegría, pero también de una inmensa responsabilidad ante el juicio de la historia. Esperamos haberlos rescatado del olvido para compartir con ellos y con ustedes sus pesares, así como sus sueños, en medio de un tiempo vertiginoso que, como bien sabemos, todo lo devora, pero que, en coyunturas específicas, permite la introspección que ayuda a colocar lo vivido y lo sufrido en el lugar que merecen.

Carmen Mc Evoy y Gustavo Montoya
Sewanee, Whittier, Lima y Tarma, 16 de agosto de 2022